

trabajo. Sublime fué la lucha, pero corta. Lyon sucumbió bajo la Francia, y las delaciones, venganzas y asesinatos políticos la inundaron de sangre que derramaron los procónsules militares y los procónsules civiles de la Convencion.

XXIII.

Jacquard, que habia entrado en Lyon para defender sus hogares y que habia combatido al lado de sus conciudadanos, ocultóse, despues de la capitulacion, en el taller de sombreros donde trabajaba su esposa. Su hijo, que entónces tenia diez y seis años, tomó plaza en un regimiento de la Convencion, reclutado en la ciudad conquistada, para enviarlo á las fronteras. El jóven pidió dos filiaciones de voluntarios, y llevó una á su padre, saliendo los dos juntos de la ciudad, cambiando de causa y marchando al Rhin con los republicanos, contra quienes habian combatido en el Rhódano. En uno de los primeros combates en las orillas del Rhin, una bala de cañon mató al hijo al lado del padre, y Jacquard, cubierto de sangre de su hijo único, lo enterró en el campo de batalla; enfermó de dolor y de cansancio, estuvo en los hospitales, y al fin lo licenciaron, volviendo á su patria, dominada por los vencedores.

Al regresar ignoraba hasta el asilo donde se habia refugiado su esposa, encontrándola al fin en un granero de los arrabales ocupada en secar ropa de las lavanderas para ganar el pan. Aquel pobre pan lo compartió con su marido, llorando juntos á su hijo, su juventud, su fortuna y sus esperanzas. La pobre obrera murió de afliccion, pero exhortando á su marido á esperarle todo de su genio y de la Providencia.

XXIV.

En la soledad y el abandono en que se encontraba, hizo un esfuerzo supremo Jacquard y tranquilizó su espíritu. De dia trabajaba como Jornalero en casa de un fabricante, y de noche tallaba con su cuchillo poleas y bobinas para su máquina. Ayudándole el fabricante M. Perron, la terminó al fin en 1800, y presentó el modelo en la Exposicion de la industria, premiándole el Jurado con medalla de bronce «por una máquina, así lo dice el diploma, que suprime un obrero en la fabricacion de tejidos recamados.»

XXV.

Contento Jacquard con aquel premio, que le ponía en el camino de la fortuna y de la gloria, apresuróse á pedir el privilegio de invencion, título de propiedad de una idea que le aseguraba su monopolio. La máquina de Jacquard, aunque no la habian adoptado aún los fabricantes, le valió cierta fama é importancia en la ciudad. El ministro del Interior, Carnot, para ocupar los ocios de los diputados de Milan, de la consulta italiana, mientras esperaban en Lyon al primer cónsul, los llevó á casa del obrero que habia inventado el nuevo telar. Jacquard, que era muy sensible á la gloria, se regocijó mucho por aquella visita de dos naciones al taller de un pobre tejedor de seda: recordó el rey recogiendo los pinceles de un pintor, y fué ensanchando su plan, apenas bosquejado, á medida de la atencion pública. Habia suprimido un obrero en el telar y pensó en

suprimir mayor número. El genio es ambicioso, y como tal, insaciable: cuando no puede rivalizar con nadie, rivaliza consigo mismo.

Quizá no reflexionaba bastante Jacquard, en su sed de gloria, que trabajaba contra sus compañeros de oficio; que suprimiendo muchos obreros suprimía muchos jornales, y que millares de familias pagarían el precio de su invento. Declase, por el contrario, considerando los beneficios que produciría su obra, de aquellos millares de hombres, de mujeres y niños sujetos al telar antiguo, tenían que soportar posiciones violentas, que les ocasionaban deformidades físicas, y que quitándoles la lanzadera se les libertaba del suplicio. Verdad era todo esto; pero la gloria es además muy ingeniosa para crearse pretestos humanitarios.

Para consagrar su descubrimiento á Dios, hizo una novena á la imagen de la Virgen llamada Nuestra Señora de Fourvieres, que se venera en una colina de Lyon. Nueve veces subió los escalones de la santa colina; y al terminar, se encerró de nuevo con un modelo de máquina de Vaucanson que contenía en germen el desarrollo de la suya; hizo en ella una modificación importante, por medio de la cual la hebra de seda se presentaba por sí misma y en su puesto en el tejido al trabajador, y suprimió por este procedimiento una categoría de obreros llamados *tiradores de torzal*.

Otra modificación en la máquina sirvió para advertir al tejedor acerca del color de la lanzadera que debía impulsar, y quedó suprimida la clase de obreras llamadas *lectoras de dibujo*.

Suprimir tres obreros y dos obreras en cada telar en una ciudad que contaba entónces veinte mil y hoy setenta mil, era borrar millares de trabaja-

dores de la lista de los jornales, y tal vez del libro de la vida.

Jacquard triunfó: presentó su modelo á las autoridades, y las autoridades lo mandaron á Paris para que el Emperador conociese y premiase en aquel hombre el bienhechor de la fabricacion nacional, que, rebajando el precio de la mano de obra en Francia, habia de imposibilitar la concurrencia del extranjero y aumentar el consumo general. El Emperador, que debia ver de lejos, en masa y en detalle los resultados, sin preocuparse por el momentáneo desequilibrio de las existencias, conversó con el inventor, adivinó un genio oculto bajo aquella aparente rusticidad, y mandó se instalase Jacquard en el Conservatorio de artes y oficios para que cómodamente construyese en él su máquina. Terminada ésta, el inventor fabricó por sí sólo y con sus propias manos una pieza de tela admirablemente recamada, que regaló á la emperatriz Josefina; y el Gobierno le otorgó una pensión de mil escudos, á condicion de que solamente habia de construir telares para su patria.

XXVI.

Jacquard volvió á Lyon para popularizar su invento, sobre el que tenía privilegio, y ofreció á los fabricantes seguro medio de enriquecerse adoptando el telar que suprimía tantos obreros y tanto reducía los jornales. El deseo de luero triunfó en poco tiempo de la rutina, inmóvil enemigo de los inventos. Multiplicáronse en la ciudad los telares que llevaban el nombre de Jacquard, y cada uno que se instalaba arrojaba á la calle obreros, obreras, niños, familias

que quedaban sin trabajo y sin pan: empezando todos á comprender que la máquina, milagrosa para el fabricante, era verdugo para el proletario. El nombre de Jacquard, elevado ántes hasta las nubes, resonó en los murmullos y maldiciones del pueblo; formándose grupos para romper sus máquinas y para inmolarlo á él mismo al odio de aquellos á quienes reducía á la indigeneia.

—¡Muera el traidor!—gritaban amotinados en las calles grupos ociosos de hombres, mujeres y niños extenuados por el hambre;—¡muera el traidor que se ha mezclado con nosotros para robarnos, con el secreto de nuestros telares, el pan de que vivíamos! ¡Vende el pueblo á los ricos! ¡Le recompensan con nuestra muerte! ¡Le pagan con nuestra sangre! ¡Qué vamos á hacer nosotros, que desde la cuna no hemos aprendido otro oficio que el que destruye él bajo nuestras manos? ¡Que mantenga á nuestras esposas y á nuestros hijos, rechazados hoy de todas las puertas, ó que muera de nuestra misma muerte ese destructor del trabajo del pueblo!

Aquellos murmullos, aquellos grupos, aquellos gritos, injustos desde léjos, justos en el hambre, hacian temblar y ocultarse al pobre inventor. Habíéndole reconocido un dia un grupo de obreros hambrientos en la calzada del Ródano, le rodearon, silbaron, maltrataron y arrastraron por el fango hasta el rio, en el que iban á arrojarlo. La fuerza pública lo arrancó desgarrado y ensangrentado de manos de aquellos miserables. Consternado abandonó la ciudad y se refugió en el campo para dejar pasar la tempestad y esperar á que el trabajo recobrase su nivel, trastornado siempre despues de un descubrimiento. El aumento del número de telares no tardó en recompensar el número de obreros

suprimidos en cada fábrica; pero algunos murieron, otros se expatriaron y sus sucesores aprovecharon el invento: ¡efecto ordinario de las revoluciones de ideas, como de las revoluciones en los procedimientos industriales! Retirado Jacquard del mundo, donde involuntariamente habia abierto un vacío tan grande y tanto ruido habia hecho, envejeció en el silencio, en la tranquilidad, en el estudio, y tal vez deplorando algunas veces los primeros resultados de su descubrimiento.

XXVII.

Habia comprado una casita y un jardín en el pueblecillo de Oullins, cerca de Lyon, en la orilla del Ródano y frente á los Alpes, y cuando soplabá viento del Norte, podía oír desde allí el ruido de innumerables telares á los que habia dado forma, movimiento y vida. Aquella era su posteridad, y le embriagaba el sordo ruido de la ciudad que le debía la preeminencia de su trabajo actual sobre todas las manufacturas de Europa. Una criada fiel y desinteresada, esa providencia de los ancianos, llamada Antonieta, antigua amiga de su familia, cuidaba sus viejos dias. Al morir la esposa de Jacquard recomendó su marido á aquella criada, como niño que necesitase andadores hasta la tumba, porque siempre miraba mucho más lejos de sus pasos y tropezaría en todas las piedras; Antonieta le alañaría el camino y le dispensaría de todos los cuidados de la vida doméstica. Jacquard no tenía otra cosa de que ocuparse que de conversar con sus pensamientos, viejos como él y siempre los mismos. Incesantemente pensaba en perfeccionar su máquina, ignorando que el Tas-

so, queriendo rehacer su obra maestra, la había desfigurado, y que cuando el fruto, más ó ménos maduro, cae de la rama, el árbol que lo produjo no puede darle ya más savia.

XXVIII.

Divertía sus ocios Jacquard cultivando su jardín. La casita que habitaba en Oullins era la misma que habitó el poeta Thomas, pocos meses ántes de su muerte, cuando vino á buscar en la cumbre de la colina del Ródano, expuesta al sol saliente, aire más templado y cielo más sereno que el de París. Thomas meditó sus últimos cantos en el mismo jardín en que meditaba Jacquard sus últimas invenciones mecánicas. Símbolos ambos de dos siglos diferentes, aunque tan poco distantes, el uno buscaba ideas, el otro industrias; aquél soñaba gloria, éste soñaba oro, y á los dos había de engañarles la gloria y la fortuna. Pero confundíanse los dos en un sentimiento más elevado que el del oro y la gloria, y este sentimiento era el sublime de la religión que santificaba su vida y dulcificaba su muerte. Pero su religión era diferente, como diferente era su naturaleza: la del poeta y filósofo Thomas era la de Platon, que abrazaba los mundos y escuchaba pronunciar á los astros el nombre universal é infinito, escrito en cada rodaje, del gran mecánico de la máquina celeste; la de Jacquard era la del cristiano que repite con fe sencilla el símbolo que le enseñó su madre, y reconoce una providencia divina en la humilde máquina de sus dedos que ayudan al pobre obrero á tejer el hilo de un insecto para ganar su corta vida.

Diariamente veíasele asistir al sacrificio matutino en la iglesita del pueblo, y al salir distribuía á los niños pobres lo poco que le restaba de lo necesario. Los aldeanos y paseantes de Lyon que acudían los domingos á mirar por encima de las tapias del jardín, se mostraban con el dedo aquel anciano á quien respetaban como á grande hombre, superior á ellos, y que en otro tiempo había recibido del cielo una de esas grandes inspiraciones que cambian la faz de la tierra, inspiraciones que consagran el órgano que Dios ha elegido para manifestarse á los mortales por medio de un descubrimiento ó de una idea. Los viajeros, los industriales y sabios que pasaban por el pueblo, venían algunas veces á llamar á su puerta para conversar con el ilustre inventor, retirándose asombrados de la extraordinaria sencillez y escaso aparato de ideas de aquel hombre elemental que no había tenido más que un pensamiento en ochenta años de vida. El que había visto su máquina, había visto á Jacquard. Habíase incorporado completamente á ella, y con gusto hacía recaer en ella la conversacion del que le visitaba: autómeta sublime, su espíritu no había tenido por función en el mundo más que un movimiento, y lo repetía, sin cansarse jamás, cuantas veces se ponía el dedo sobre el resorte.

Jacquard vivió hasta la edad de ochenta y dos años, extinguiéndose en el sentimiento de su gloria. Apenas muerto, la gratitud del comercio, que le debía su riqueza, le elevó una estatua y le dedicó una plaza pública en su ciudad natal. Mejor es servir á una industria que á una nación, á un interés más que á una idea, para gozar pronto de la fama. ¡Cuántos filósofos esperan la estatua del artesano!

El escultor ha reproducido bien su imagen. Cono-

cimos á Jacquard en la ancianidad, y hemos podido comparar al hombre y la piedra.

XXIX.

Jacquard tenía elevada estatura, pero caminaba algo encorvado por la costumbre del trabajo manual y de la fatiga del espíritu. Había abandonado el traje del trabajador, y vestía holgado gaban de paño, cuyos largos faldones llegaban hasta los piés, cual si quisiese atestiguar con cierto orgullo de pobre, y por medio de inútil prodigalidad de tela, el bienestar del artesano enriquecido. Inclina la cabeza sobre un hombro y bajaba la frente hácia adelante, pero alzaba los ojos para mirar con modestia secretamente satisfecha al que le saludaba al pasar. Tenía frente espaciosa, ojos rasgados, boca con labios gruesos y deprimidos en los extremos, mejillas hundidas y tez amarillenta como la del obrero que vive á la sombra. Triste y meditabunda languidez era la expresion habitual de su fisonomía, producida tal vez por timidez de espíritu, ó siendo quizá sello indeleble de las primeras desgracias de su vida, ó bien ocasionada por el amor propio del inventor largo tiempo contrariado que llega á triunfar demasiado tarde y cuando el triunfo casi se confunde con la tumba. Pero bajo aquella melancolía, sombra de su rostro, descubriase visible convencimiento de su mérito. Gozaba en ser considerado, y regocijábanle los homenajes y obsequios de los fabricantes, maestros suyos en otro tiempo, y de quienes había llegado á ser superior, contemplando también sus títulos con la satisfacción del ennoblecido. Expuestos tenía siempre en derredor suyo sus

medallas de bronce de la Exposicion, sus diplomas de inventor, sus correspondencias con los ministros, sus modelos y su máquina, ostentando también con orgullo en el ojal la ancha cinta roja y la cruz de desmesurado tamaño, condecoraciones civiles que le distinguian entre la muchedumbre: revelando el justo orgullo del veterano que se adorna con sus insignias para recordarse á sí propio sus servicios y recordarlos también á los demás. Había en su gloria un poco de vanidad, vanidad muy natural en el hombre de condicion oscura que de pronto se encuentra colocado en evidencia y deslumbrado por su propio brillo. Pero en Jacquard, la bondad, la humildad cristiana y la tristeza templaban el amor propio; la satisfacción de sí mismo no ofendía ni despreciaba á nadie; pero tantas veces le habían repetido que era un grande hombre, que lo creyó, aunque no era otra cosa que un gran mecánico.

Quejábanse algunas veces de la ingratitud de los hombres, suponiendo que su máquina era un monumento, cuando solamente era un servicio recompensado con el bienestar, los honores, la consideracion, el descanso y una estatua en perspectiva: elementos suficientes para esperar la inmortalidad que había arrebatado á Vaucanson y que durará hasta que otro se la quite inventando un procedimiento más perfeccionado y económico. Así marcha el mundo. *¡Sibi lampada tradunt!* dice Lucrecio (1).

(1) En el momento en que escribimos estas líneas, leemos en los periódicos que un milanés, llamado Bonelli, acaba de inventar una máquina movida por la electricidad que teje por sí misma la seda y que ha de suprimir la de Jacquard.

XXX.

Aquel servicio, aunque estimable y real en el fondo, estaba constantemente amargado por las masas de obreros y obreras á quienes habia arrancado la herramienta de la mano y el pan de la boca. Terrible cuestion es la de las máquinas: el inventor, que es bienhechor á la larga, es enemigo de cerca. Es inducible que aquel que enriquece al género humano con una fuerza nueva ó una nueva habilidad, mediante el invento de una mecánica, duplica la potencia de las artes, de las industrias, de los oficios; multiplica el trabajo, la produccion, el consumo, la riqueza, la poblacion, y merece agradecimiento de la humanidad: los inventores son los reveladores de la materia; débenseles y casi se les dedican altares. Pero en el momento en que traen al mundo su máquina, desheredan, sin quererlo, las manos humanas que en incalculable número se ocupaban en el oficio que en adelante han de hacer los rodajes. ¿Qué suerte tienen estas manos? Sécanse sobre la herramienta, inútil ya, de su oficio perdido para siempre. El que inventó la máquina de hilar algodón ó lana, mató más familias que una epidemia. La rueca alimentaba y consolaba á la mitad del género humano; en los campos, hilaban las mujeres desde la cuna á la tumba. Aquel jornal módico, pero universal y continuo, vestia, aliviaba, y sobre todo alimentaba la vejez de las pobres madres de familia; el maquinista las ha convertido en onerosa carga en las chozas del pueblo pobre, abreviando y entristeciendo su vejez. Hoy está suprimido este trabajo sedentario, y este pan de surrogacion; sólo les

resta morir. Invetaránse otros trabajos, se dice: verdad es, pero entretanto habrán padecido generaciones, habrán gemido y perecido maldiciendo al maquinista. ¿Acaso la divina máquina humana no tiene derecho á la proteccion, y para gemir cuando se la rompe?

XXXI.

Sucede con los inventores de máquinas industriales lo mismo que con los inventores de verdades religiosas, políticas y morales: unos y otros son grandes revolucionarios. Toda revolucion es desplazamiento de ideas ó de intereses, y todo desplazamiento separa violentamente algo que era, para dejar lugar á algo que debe ser. El porvenir no adelanta sino hollando con los piés el pasado. Así, pues, estos revolucionarios, por bienhechores que hayan de ser en la lejana perspectiva de los tiempos, reciben maldiciones en el momento en que viven. ¡Triste, pero fatal condicion de nuestra pobre humanidad; estúpida si no adelanta, cruel si progresa! Parece que Dios solamente le ha dejado la eleccion entre las dos calamidades de este deplorable dilema: permanecer perpétuamente estacionaria dejando subsistir el mal, ó ser perpétuamente revolucionaria al realizar el bien.

Pero nos engañamos: el poder de la razon pública y el poder de los Estados modernos han puesto en manos de los pueblos y de los gobiernos medio de conciliar sin iniquidades ni crueldad los intereses de los progresos morales ó industriales y los de las clases que deja en desamparo la nueva idea ó el nuevo invento. Este medio es la ordenacion lenta y

equitativa de la transición; la expropiación por causa de utilidad pública; la medida en el progreso; la indemnización nacional, repartiendo entre todos los gastos ocasionados por cambios de sistemas ó de intereses que habrían de soportar algunos solamente. Así, pues, cuando la verdad y la justicia dijeron: «Es indispensable que cese en la ley francesa la esclavitud de los negros y que el hombre no vea ya un esclavo en la criatura de Dios,» calculamos el precio de los trescientos mil esclavos de nuestras colonias, y dijimos al colono: ¡Toma el dinero, danos el hombre!

BENVENUTO CELLINI.

I.

¿Deseáis pasar algunas horas en compañía íntima y confidencial con los *Rafael* y los *Miguel Angel*, que nos parecen hoy hombres fabulosos? ¿con los *Leonardo de Vinci*, los *Bandinello*, los *pintores*, los *escultores*, los *literatos*, los *poetas*, los *cardenales*, los *Médicis*, los *Papas* memorables de Italia, los *Francisco I* en el siglo décimoquinto? Coged ese telescopio que aproxima las edades y os hace penetrar en las costumbres de aquel tiempo, como el telescopio de Herschel os introduce en el mundo superior de los astros y nebulosas del séptimo cielo. Este telescopio único, es decir, original, extraño, apasionado, vanidoso, que vamos á analizar, lo constituyen las Memorias de Benvenuto Cellini.

II.

Benvenuto Cellini, procedenté de familia acomodada y artista de Toscana, nació en 1500.

«Mi padre, dice, tomó la misma profesión de ar-